



XXIII

Café Pil Foc.

ANTES llámabase CAFÉ DEL ALBA, y este nombre concordaba cabalmente con la idiosincrasia de los parroquianos, que son habituales madrugadores, y, por ello, concurrentes de diario al café que abre sus puertas antes que amanezca el día; hoy, por arriba del mostrador, se lee en rótulo ostentoso: PIL FOC, sin que nadie se meta á indagar el por qué de título tan exótico, bien que si se guardan muchos llamarle con ese nombre.

En la madrugada es bullicioso el ajetrearse de sirvientes y propietario para atender á la parroquia; aquéllos andan con el sueño pendiente de los párpados, los ojos pitafiosos, los pies tardíos, las manos torpes y la voz afónica; el amo va de un lado á otro activando el servicio con voces de mando; los parroquianos ocupan todas las mesas, soñolientos y des-perezándose, piden á gritos y beben con hartura; son recove-

CAPITULO V. FARMACIA

ros que vienen antes de la aurora al mercado, ó trasnochadores que después de la parranda acuden á tomar un poco de café con leche, á menudo mezclado con un mucho de aguardiente, bien contenido en una botella que lleva dentro cáscaras de naranja en maceración añeja; afuera se escucha el murmullo de los compradores—pues el café queda frente del mercado—y el de los *revendones* que no bajan un punto del precio propuesto, aunque con frecuentes y suplicantes peticiones los marchantes lo intentaran; en la esquina un hacinamiento de pescados todavía colea, argentándose sus palpitantes escamas en cada movimiento con el toque de luz de la del alba que clarea, y rutilándose á veces por el tímido parpadear del farol, que en su agonía arroja destellos rojizos



sobre el pequeño radio donde aún la aurora no ha reducido las sombras nocturnas; los pescadores disputan por diferencias en sus cuentas, sin que se vayan á las manos ni se injurien de palabras.

Se hizo día: las luces de dentro el café palidecen al riente fulgor de la mañana; podemos ver distintamente las mesas redondas con lujosos mármoles; la *cantina*, en el fondo, cercada de un mostrador no muy largo; sobre él están la canasta abastecida con los panes para el desayuno de los madrugones y la vasera pulida por la frecuencia con que es lavada todos los sábados; en medio una pirámide se levanta formada con botellas resplandecientes por el brillo del cristal y el color lustroso del papel en que va dibujado el marbete; con esto los fabricantes provocan la gula de los catadores, que no siempre habremos de llamarlos borrachos; puestas las manos sobre el mostrador, en actitud beatífica—que mal se aviene con lo mundano del lugar—espera el dependiente para pronto servir á los bebedores, que, de mañana, no tardan en llegar á pedir *un jobo, un nanche, un cloroformo, un durazno, un perón*, que con todos estos postizos se le llama para no nombrarlo aguardiente á secas; algunos beben de madrugada y antes de todo alimento por una necesidad de ciertos organismos morbosos; otros, de diez á once, hora del piscoblabis: éstos son los metódicos llamados *mañaneros*; los consuetudinarios no tienen hora fija para las libaciones, y beben cuando algún amigo invita—para tales casos siempre abundan los amigos,—es entonces cuando el cantinero pregunta á cada quien qué toma; se quedan ellos pensativos, como si se tratara de resolver la cuadratura del círculo, y en seguida se interrogan dubitativamente: ¿qué tomaré? Para decidirse á beber lo que el obsequiante pide, así se resque-men el gazzate; allí consuetudinarios y mañaneros hacen la olla gorda, ó se emborrachan por lo menos.

A medida que avanza el día, los concurrentes al CAFÉ DEL ALBA varían: en la madrugada son gente labriega que vienen del rancho trayendo para la venta los productos del corral y de la huerta; más de día, son buenos vecinos que ocurren á la plaza á ver el animado ir y volver de multitud apresurada y madrugadora, y á la postre aprovechan la cercanía del café para tomar el desayuno, compuesto de café con leche, ó chocolate espumoso y oliendo á canela, pan de marquesote,

mestiza. torta de manteca ó mollete untado con mantequilla, que se antoja tostada, aun faltándole el tueste; á las nueve



de la mañana se forma el corrillo en el corredor de la parte que da al río; se habla de lo ocurrido en la pasada noche; de chanchullos y chismeras, cuando no de gatuperios y amorios con cuentos de maricastaña, poniendo en todo chiste y desenfado; no falta tampoco demagogo nocharniego que hable de política, y embustero lenguaraz que se ufane de conquistas como las del Tenorio; de entre los del grupo hay alguno que muestre prodigalidad con pedir la mañana; á las palmas, el mozo acude á informarse de lo que beben los solicitantes de caldos; piden presto y se les sirve luego en extendida bandeja coronada de lucientes copas, por entre las cua-

les una botella yergue su cuello altanero á modo de tirana dueña de voluntades, y, conocedora de secretos y de miserias; bebido el licor, se promueven conversaciones de hombres solos; se habla de mujeres, y á porrillo se dice de todas mal por no poner entredicho; y el que habla y mal dice, lo dice porque otro lo dijo, ó porque lo dirá después, ó lo dijeron, dirán y dicen, aunque uno sólo diga los dices que se dicen; y si esto dice aquél, no lo dice por aquélla, sino por haberlo dicho un decidor de dichos en punto de dicharachos que no es para ser dicho por malévolos dichero; se descomponen al cabo; vienen los denuestos, profiérense las injurias, prodiganse los insultos, levántanse los gritos, y desagradados y rijosos y valientes, echando bernardinas y fanfarrias, cogen rumbos opuestos, disolviéndose el corrillo.

A medio día, gente que pone tregua entre sus faenas habituales, juega tresillo, ó *pocar*, ó *golfo*, por frente á un amontonamiento de barajas que tienen más hojas que las «Siete Partidas» de Alfonso *El Sabio*; se suscitan disputas por tal cual jugada que pareció mala á tío Pompo, ó que no cuadró á tío Marcial; nómbrase árbitro para dilucidar punto de tamaña discusión á alguno de los alcaldes—titulados así sin escrutinio—que, no satisfechos con mirar, apuntan á los jugadores con menoscabo y perjuicio de los contrincantes. . . .

—¡Con cinco por todo!

—¡Hasta diez!

—¡No, hasta quince!

—Pues, ¡hasta veinticinco!

—¡Voy!

—¡Una carta!

—¿Ah, llevas cuarenta?

—¡Tres cartas!

—¡Voy á matarte las cuarenta!

—¡Eso quisieras!

—¡Paso!

—¡Veinte más!

—¡No quiero!

—¿Vas á espadas?

- ¡No, á oros!
 —¡No puede ser! Yo llevo oros.....
 —¡Diez más!
 —¿Qué?
 —¡Que diez más quiero!
 —¿Qué tienes?
 —¡Treinta y ocho!
 —¡Demontre con el *lechero*!
 —Voy muerto.....
 —¡*Puej* al camposanto!
 —¿De cuántas?
 —¡Cinco!
 —Voy.....
 —¡*Pué* al hilo!
 —¡No se ha visto!
 —¡Cinco más!.....
 —¡*Toó* se te *güelven* mandamientos de la Santa Madre Iglesia!
 —¡*Ej* lo mismo, *compa*!
 —¡Quiero!
 —¡Tres cartas!
 —¡*Doj* cartas!
 —¡Ah, que dos!
 —¡Te agachaste!
 —¡Uno hace lo que puede!
 —¡No es masa aguada!
 —¡Ni que *juera* tamal de *pescáo*!
 —¡Paso!
 —¡Paso!
 —¿Cuántas tienes?
 —¡¡Cuarenta!!
 —¡Ah *buto*!
 —¡¡Golfo!!.....

Y se engolfan hasta las tres de la tarde en este juego de envite, hora en que el coíme levanta el paño y con él las cartas; cada jugador vuélvese á la tarea, suspendida en el momento del holgorio, con la esperanza de tornar al otro día á

dar golpe y porrazo, codillo ó *golfo*—según á lo que juegue — con una siempre inventada combinación, desconocida de los *alcaldes*, y que de seguro dejará patifuso á tío Pompo y boquiabierto al marrullero del Panchito.

En la tarde se junta de nuevo el corrillo para contarse chismes y hablar parolinas; pues aunque no suele haber copas, la falta de ellas no excluye las murmuraciones. A prima noche acuden parroquianos á tomar un refrigerio, que á menudo resulta cena por ir adicionado con empanadas de las *garnacheras* establecidas en el tan viejo como sucio mercado, ó con un tasajo que achicharró la parrilla, ó una longaniza que soasó la lumbre del fondichín de junto á la «Carnicería;» ya de noche, el despacho es más continuado, pues los trabajadores de muelles y vapores toman camino del ALBA—respeto la costumbre de los parroquianos que lo llaman así á despecho del pintado letretro—á brindar copas y á beber algún tónico en vez de cena: de noche está el café bastante iluminado, á modo de que se vea lo que engullen los golosos; entonces los cuadros abigarrados y las estampas churriguerescas que tapizan las paredes, toman un cierto viso de aristocráticos que no tienen de día; sin embargo, á ratos, mal se acuerdan con la mugre de tipos que charlan y gesticulan en grupos congregados alrededor de las mesas.

Dadas las doce de la noche, manda el dueño cerrar las puertas; los mozos echan á tambalearse en la calle á los borrachos poltrones que duermen repantigados en las sillas colocadas en el corredor desde en la mañana; apáganse las luces para volverlas á encender antes del alba, y queda el establecimiento á oscuras y en un silencio sepulcral.

Vuelve el tragín del amanecer con los madrugadores y noctívagos; el sonar de tazas y platos; el retintín de las cucharillas en los vasos; el vocear de los marchantes; el palmear del dueño llamando á los sirvientes; el arrastrar de pies perezosos por fámulos que preguntan matando un bostezo: —¿Qué toma?—Hay pan de güevo, de agua, de manteca, *rojca* alvaredeñas, mestiza, mollete con mantequilla.....

Y en estos decires, la aurora se entra por el oriente amenguando el fulgor de las luces que iluminaron como á fantasmagorías teatrales los tostados rostros de candorosos labriegos!



Siluetas.

XXIV

FELIZMENTE el terruño carece de aduladores y embusteros panegiristas, de esos que buscan el origen de las ciudades en la más remota antigüedad, cuando no lo pierden en *la noche de los tiempos*, ó lo enlazan con los mitos y las fábulas, para ver de donarle tan larga como empergaminaada ejecutoria de heráldicos y deslumbrantes blasones.

Todo ello será muy distintivo y más propio para espíritus vanos; pero es y será impertinente para los hoy escépticos, en materia de antiguallas, por falta de fe y de sencillez, cualidades geniales que formaban la característica de nuestros respetables tatarabuelos.

Quédense con sus hazañas los héroes mitológicos; con sus santos las místicas apariciones; con sus consejos ridículas y sus aventuradas é hiperbólicas conjeturas los etimologis-

CAPÍTULO IV. EL TERRUÑO